

caerán postrados en tierra, se abrazarán de tus divinos pies, llevarán una vida austera, y morirán en el ósculo de la paz del Señor y habitarán contigo en la Jerusalén celestial!



XXII

La penitencia cristiana

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral,
en la misa ferial del 17 de marzo de 1876.

*Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.
Si no hicieris penitencia, todos pereceréis.
S. Lucas, c. XIII, v. 3.*

EL ministerio de la palabra evangélica, mis hermanos, no ha sido armado de la vengadora espada de la justicia de Dios, para herir en vano á los pecadores. Hay en los inmensos tesoros de la religión un consejo de misericordia y de amor de aquel Padre celestial, que según la eterna y sublime palabra de la Escritura, no hiera sino para sanar, porque las heridas que abre, son para derramar en ellas, el bálsamo del perdón, del consuelo y de la dulzura.

No debo yo dejar, pues, cerrada la puerta á los prevaricadores de la ley santa del Señor; y después de haberos conturbado y afligido, pintandoos los tristes horrores, la espantosa desolación que produce en el alma el pecado, la corrupcion del espíritu del mundo, esa infiltración del veneno de sus máximas, que llega, simu-

lando de alguna manera el poder mismo de la palabra de Dios, según la enérgica frase de S. Pablo, hasta la división del alma y del espíritu; no debo, repito, dejar cerrada la puerta á la esperanza en la misericordia y en el amor de nuestro buen Dios. Esta puerta de salud, esta segunda tabla, como la llama el concilio de Trento, después del naufragio, esta única esperanza de salud y de remedio, es la penitencia cristiana ¡Cómo no predicarla, mis hermanos, cuando en todas las páginas de los libros sagrados, los escritores santos apenas hacen otra cosa, que anunciar á los hombres la necesidad de la penitencia, para conseguir la salud eterna, que ponderar con las más vivas imágenes, con las más patéticas pinturas, la necesidad de circuncidar el corazón y la carne para ser verdaderos miembros del cuerpo de Jesucristo crucificado, para tener entrada en el reino de los cielos, siendo semejantes á Él, cabeza y jefe de los predestinados! El mismo Salvador del mundo que trajo á la tierra la buena nueva de su celestial doctrina, que recorrió primero el camino de la salud y de la perfección para que todos siguieran sus benditas huellas, se abrazó de la penitencia desde el primer instante de su vida mortal, y tan estrictamente, que quiso nacer en un pesebre que servía de albergue á las bestias, vivir en la condición más baja y exhalar su bendita y purísima alma, en el doloroso leño de una cruz. Y el ángel del testamento nuevo que debía preparar los caminos del Señor, anunciando á la Judea que estaba cerca el prometido á los primitivos padres, el deseado de los patriarcas, la alegría de Israel, la verdadera felicidad del mundo, el Redentor prometido ¿que otra cosa hacía sino aterrar los desiertos de la Palestina predicando la penitencia de los pecados? A diferencia de Juan Bautista, nosotros los predicadores de la ley de gracia, tenemos que anunciar la necesidad de la penitencia cristiana, no en un desierto, como el Precursor

de Jesucristo, sino en medio de un mundo, que tiene terror á la austeridad cristiana, en el seno de concurridísimas sociedades, donde el sensualismo ha levantado cátedras al placer, donde con vanos pretextos se han infringido no solamente las antiguas é invariables tradiciones de la Iglesia, sino también el espíritu mismo del Evangelio.

Juan Bautista, entre las rocas y las arenas del desierto, haciendo oír su poderosa voz, atrae á los pueblos circunvecinos, les pondera la gravedad de sus culpas, les muestra cerca al que debía venir á purificarlos con su preciosísima sangre; y los judíos, dice el Evangelio, se convertían oyendo la palabra de Juan Bautista. Desgraciadamente, en el seno mismo de las sociedades cristianas, ha desaparecido ya ese espíritu de religión, ese espíritu de fe que, agitando vivamente el alma por la gravedad del pecado, la adorable é infinita majestad de un Dios ofendido, la incertidumbre de la muerte y de los juicios de Dios, lo terrible de las penas del infierno, conturbaba el corazón, lo hacía derramar abundantes lágrimas por los pecados, formar propósitos eficaces y abrazarse de la gracia del Señor. Sin embargo, es preciso abandonar toda ilusión, mis hermanos: jamás proscibirá la santa veracidad del Evangelio, ni el espíritu, ni las costumbres, ni el triunfo del mundo por esplendoroso que sea, por grande que parezca, á pesar del descrédito en que estas funestas máximas tienen á las máximas y el espíritu del Evangelio. Es cierto y de eterna verdad, que quien no se conforma á la imagen de Cristo crucificado, no entrará en el reino de los cielos; que quien ha perdido la estola de la inocencia, pereciendo desgraciadamente, no puede recuperarla, sino emblanqueciéndola en la sangre del Cordero, como decía el Apóstol S. Juan, porque todos los que han naufragado, una vez, en el mar borrascoso de las pasiones humanas, no tienen otra tabla de sa-

lud que la tabla de la penitencia cristiana; que si la misericordia de Dios es infinita, deseosa siempre de perdonar al pecador, no perdonará nunca, como dice David, sino al corazón verdaderamente contrito y humillado, y que esta ley de la expiación, ley eterna, inmediato fundamento del orden moral, esta ley de la expiación, ha de cumplirla el hombre, quiéralo ó no: ó abrazándose de la penitencia meritoria en la vida presente, ó satisfaciendo en la eternidad ¡inevitable y terrible disyuntiva, mis hermanos, ó la penitencia cristiana ó la satisfacción en la eternidad! A vosotros y á mí, toca escoger entre los caminos de expiación: ó regar nuestro lecho cada día con lágrimas para anegar en ese llanto de nuestros ojos y de nuestro corazón, todas las prevericaciones de la vida pasada y aprender á ser humildes, con los méritos de la pasión y muerte de Jesucristo, ó prepararnos para caer bajo la vengadora espada de Dios en ese lugar de tinieblas y de horror, fabricado por Dios, para castigar á los prevaricadores hijos del hombre.

Mas esta penitencia cristiana no consiste en las apariencias de un dolor que no parta del fondo del corazón, que no se extienda á la universalidad de nuestros pecados, que no llegue hasta las intimidades de la conciencia para establecer en ella el reinado de Jesucristo. Por eso dice el evangelista San Lucas: "al árbol se le conocerá por sus frutos." Debéis, pues, hacer frutos dignos de penitencia, es decir, que vuestra penitencia produzca frutos de vida eterna, que no sea estéril, superficial, incompleta; sino una penitencia vigorosa, completa, constante, entera, universal, tal y como se desprende de la enseñanza constante de los santos, tal y como lo proclama el santo concilio de Trento, tal y como lo han enseñado todos los Padres, tal y como lo exige nuestra madre, la Iglesia santa.

Aprendamos, pues, hoy, mis hermanos, aprendamos

hoy, una vez más, si lo hemos olvidado, en qué consiste la verdadera penitencia cristiana, estudiemos al pie de la cruz de nuestro Señor Jesucristo, rey de los penitentes, los verdaderos caracteres de la penitencia, á fin de resolver abrazaros de ella y morir con ella, pues las glorias, el placer, la felicidad, están reservadas; según la adorable economía de la redención, para una vida mejor, habiendo querido Dios, en su inefable providencia, que sólo gustemos en este mundo la desolación y la amargura.

Pedid, pues, á Dios los auxilios necesarios de la divina gracia para tratar de un punto tan importante para la moral cristiana; pedid para vosotros la gracia preparatoria, que disponga vuestro corazón á hacer penitencia de vuestros pecados; pedid para mí la unción necesaria del Espíritu Santo para predicar, con el celo de los primeros predicadores del Evangelio, esta penitencia, sin la cual no hay salvación; pedid estas gracias por la intercesión de la Virgen María.

Y en primer lugar, mis hermanos, nuestra penitencia debe ser inmediata y pronta. Dios la reclama así, la gravedad de nuestros pecados nos está gritando que hagamos inmediata penitencia de ellos; la misma incertidumbre de la muerte parece que hablara en el fondo de nuestra conciencia diciendo: ¿hasta cuando ha de esperar la misericordia de tu buen Dios? Pronta ha sido la penitencia de los santos; abrid el Evangelio, mis hermanos, para consuelo vuestro; pero también para que se difunda en vuestro corazón, un secreto temor de diferir la penitencia cristiana. De muchos pecadores habla el Evangelio á quienes convirtió nuestro Señor Jesucristo; mas de ninguno cuenta que difiriese el momento de su penitencia, después de haberlo llamado la misericordiosa voz del Salvador. ¿Qué tardó la Magdalena, en conocer los extravíos de su vida, en levantar su corazón herido de dolor hasta el trono de la misa-

ricordia y de la gracia, en abrazarse de amor y de dolor á los pies de Jesucristo, derramar abundantes lágrimas, enjugarlos con sus cabellos é imprimir en ellos ósculos de arrepentimiento y de amor? Apenas le dirigió el Señor una de esas dulces miradas de amante Pastor, que busca á la oveja extraviada, Magdalena se siente repentinamente cambiada, no difiere un instante su conversión, rompe todos los vínculos de sus pecados, que quien sabe cuantos serían, cuán variados, rodeados de cuantas circunstancias agravantes, quien puede saberlo, pues sólo nos dice el Evangelio, que era una famosa pecadora; que tenía mala fama en Jerusalén. Esto basta para comprender cuales y cuan grandes serían las dificultades que el demonio le suscitaría. Fue pronta é inmediatamente la conversión del Apóstol Pedro, que tuvo la debilidad de negar á Jesucristo, sólo una vez, mis hermanos, mientras que nosotros lo hemos negado tantas; sólo una vez, cuando Jesucristo no había resucitado, ni había confirmado su celestial doctrina, con los esplendores de su gloria, ni millones de mártires la habían sellado con su sangre, cuando la profunda teología del sacrificio de la cruz, era todavía un impenetrable misterio para las voluntades débiles de los Apóstoles; mientras que nosotros, después que el Evangelio ha triunfado del paganismo, cuando la cruz de Jesucristo es signo de honor y de gloria, lo hemos negado y lo estamos negando mil veces. A Pedro lo miró el Señor; y el Evangelio lo dice: “no hizo más que verlo” ¡Ah! ¡Cuanto más ha hecho para convertirnos á nosotros! No solamente nos ha hablado palabras de vida eterna, en el fondo mismo de nuestro corazón nos ha convidado mil veces al perdón, proponiéndonos las transacciones más favorables, resignándose él á perderlo todo, con tal de ganar nuestra alma. Lo mira el Señor, y con solo haberlo mirado se acuerda Pedro de que le había dicho: “tu me negarás en esta no-

che antes que el gallo cante la tercera vez”; y la gracia y la penitencia y la misericordia de Dios y la confesión de su pecado fue obra de un momento; al punto se aparta de la ocasión de su pecado; huye del desgraciado teatro de su prevaricación; se esconde para llorar en la soledad, en presencia de su Dios, á solas con su conciencia, su pecado; no vuelve á poner los pies en ese lugar que había visto su caída, sino que oculto, separado del tráfico de los hombres, lloró amargamente, ahogando en sus lágrimas la debilidad de su caída. Así se han convertido siempre, mis hermanos, los grandes pecadores. Entre otros, jamás olvidaremos la gran pecadora de Samaría, que fue vencida al fin por las más sabias industrias de esa misericordia que se acomoda á las circunstancias, al tiempo y hasta á las pasiones de los hombres, para atraerlos al recto sendero de la virtud y de la justicia. Mas no femos en esto; porque la rareza de estos ejemplos es más á propósito para hacernos temblar, mientras que el infinito número de pecadores que veneramos en nuestros altares, convertidos ya en santos por la gracia de Dios, pero que no han resistido á ella, que en el primer momento de su vocación han sido dóciles, debe inspirarnos gran confianza, pero al mismo tiempo hacernos solícitos para convertirnos prontamente á Dios nuestro Señor. No lo dejemos, mis hermanos, no lo dejemos! De tantas condiciones como requiere la penitencia verdadera, en primer lugar debe ser pronta. Tal vez dirá alguno, mañana lo haré, sí, mañana lo haré. Parece-me, que el hombre no medita seriamente en estas verdades; porque ¿acaso es cosa de poca monta el castigo que la justicia divina reserva á los pecados de los hombres? Las vengadoras llamas del infierno, tinieblas horrosas, sempiterno rechinamiento de dientes, gusano roedor de la desesperación, que morderá eternamente la conciencia del réprobo, pan de maldición,